

UN PICO VERTEDOR ZOOMORFO ANDALUSÍ DE CERÁMICA DEL MUSEO DE GUADALAJARA: ENTRE AGUAMANILES Y JARRITOS ZOOMORFOS

Miguel Ángel Cuadrado Prieto¹
María Luz Crespo Cano²

Resumen: Presentamos en este trabajo una pieza cerámica vidriada con forma de cabeza de toro procedente de Guadalajara, relacionada con la forma conocida como aguamanil y analizamos su evolución y posible relación con una festividad persa que el Islam acabó por asumir como propia.

Palabras clave: Vertedor zoomorfo, aguamanil, toro, vino, Nawrūz, al-Andalus, coroplastia, Museo de Guadalajara (España).

Abstract: We present in this paper a bull head-shaped glazed pottery from Guadalajara, related to the form known as aguamanile, and we analyze its evolution and possible relation to a Persian celebration assumed by the Islam in its expansion.

Key words: Zoomorphic spout, aguamanile, bull, wine, Nawrūz, al-Andalus, Coroplastic, Museum of Guadalajara (Spain).

La aparición de picos vertedores zoomorfos no es demasiado habitual en los contextos andalusíes, y menor aún en el área central de la Meseta, y a pesar de fabricarse en los alfares locales no se produjeron asiduamente. Estas piezas se suelen relacionar con el recipiente conocido como «aguamanil» que aparte de constituir una categoría tipológica también predispone a un uso específico.

Los datos que aporta la investigación que presentamos respecto a la pieza de Guadalajara nos acercan más a una serie de influencias y tradiciones orientales que sugieren usos diferentes al que normalmente se asigna recipientes de este tipo. Pieza que, a la vez, nos muestra la variedad de la producción alfarera en la ciudad de Guadalajara que perdurará luego durante toda la Edad Media.

LUGAR DE HALLAZGO Y DESCRIPCIÓN

La pieza que presentamos fue recogida en superficie por Antonio Reiné Álvarez, quien la entregó en el Museo de Guadalajara, a cuyos fondos pertenece, y en el que está inventariada con el número 15.895. Procede de unos terrenos situados en la margen izquierda del Henares en el área septentrional de la Ronda Norte de Guadalajara que, a tenor de lo comprobado en prospecciones superficiales, estuvieron ocupados en el período andalusí por asentamientos periurbanos, posiblemente dedicados a la explotación agrícola, directamente vinculados a *Madinat al-Faray / Wadi l-Hiyara*.

Se trata de un pico vertedor de cerámica, hueco, con forma de cabeza de animal, que presenta cuello cilíndrico estrecho a torno y el resto modelado a mano; se aprecia el arranque de cuernos y orejas en cada uno de sus lados, en el izquierdo falta el cuerno pero se conserva la oreja y en el derecho no existe ésta pero sí una buena porción del cuerno; los ojos son bolas aplicadas, aplastadas y con perforación circular. Adherida a la cabeza y recorriendo la cabeza desde la nuca hasta el borde del vertedor se desliza una estrecha banda de cerámica dividida en dos por una incisión longitudinal, con otras tres líneas incisas paralelas y transversales a la anterior y dos pequeñas perforaciones circulares que vendrían a indicar las fosas nasales. La boca se conforma como un tubo ligeramente acampanado que lleva adosado por dentro, en su parte inferior, otro fragmento de cerámica simulando la lengua, hoy partida, pero que asomaría al exterior. El interior de la figura lo recorre un canal de sección circular que se estrecha paulatinamente desde el cuello hasta llegar al inicio del vertedor. La pieza es de dimensiones reducidas (altura: 4'7; anchura: 3'6; grosor de la pared del cuello: 0'4; diámetro de la boca: 2'7; diámetro exterior del cuello: 2'6 cm), presenta una pasta compacta con inclusiones de mica y calcita, de color rojo, perfectamente acorde con las producciones de los alfares capitalinos, y lleva una cubierta de vedrío melado al exterior y en el interior del vertedor, incluida la lengua.

Está formado por varias partes que muestran una compleja elaboración. La pieza principal es un tubo de sección oval hecho a torno y cerrado en su parte superior que conforma el cuello y la mitad posterior de la cabeza del animal; a él se adosa en ángulo recto otro tubo de sección troncocónica, con el que se crean el morro y la boca, comunicando sus respectivos huecos mediante un agujero circular practicado en el tubo vertical y creando así el canal de vertido. En el interior del horizontal se pegó la lengua y en la parte superior los ojos y la cresta incisa que los separa y a ambos lados del vertical se aplicaron las orejas y los cuernos (Fig. 1, 1).

La porción de cuerno que queda en el lado izquierdo presenta vedrío en la rotura y una rebaba en la mitad exterior de su perímetro; parece tratarse de una reparación para recomponer el cuerno, seguramente tras su rotura, pegándolo con el mismo fundente y tapando la grieta con otra capa que ha quedado en forma de rebaba, tras perderse definitivamente el apéndice.

TIPOLOGÍA Y DISPERSIÓN DE LOS VERTEDORES ZOOMORFOS ANDALUSÍES

Sin intención de hacer un repaso exhaustivo en ninguno de los aspectos que trataremos a largo de todo este trabajo, vamos a mencionar una serie de ejemplares significativos con características similares al de Guadalajara que nos permitirán insertarlo en la trayectoria formal y cronológica de este tipo de vertedores en el Andalus.

Hay un grupo de piezas con vertedores zoomorfos que conservan entera o en buena parte su forma original y que nos permiten vislumbrar cuáles son los tipos de recipiente a los que deberíamos asociar éste de Guadalajara. El más significativo, por su estado, es el jarro zoomorfo de Madinat al-Zahra (Fig. 1, 2), un recipiente completo que reproduce la forma de un animal, una jirafa o un toro según las opiniones, con un tubo de llenado sobre el lomo del que parte un asa que se une a su cola; la cabeza hace de pico vertedor con la abertura en la boca, y luce, como el nuestro, una ligera cresta que recorre la cabeza entre los ojos. Su cronología es plenamente califal, mediados del siglo X, y debió de fabricarse en la ciudad palatina a cuyo estilo pertenece la decoración en verde y manganeso que adorna el cuerpo (Escudero 2014)³.

Una forma similar que también intenta dar un aspecto zoomorfo a toda la pieza pero de modo mucho más esquematizado, tiene una «*vasija*» procedente de Almería y datada entre los siglos XI y XII (Flores et alii 2006, 65, fig. 3), dotada de tubo de llenado y vertedor zoomorfo que se insertan en un contenedor cilíndrico con cuatro apéndices a modo de patas. Forma muy parecida es la de un «aguamanil» de fecha incierta procedente del casco urbano de Murcia, con contenedor cilíndrico y pico vertedor zoomorfo (Navarro 1986, 248, n° 537), que en este caso no representa la cabeza en su totalidad sino solo la cara de un animal indeterminado modelada en el frontal de un pitorro con remate cónico. Formas como éstas, con cuerpo cilíndrico, tienen el «*aguamanil de cuatro pies*» moteado con goterones de vidrio sobre el lomo y los laterales, recuperado en el yacimiento de Campanales (Mijas, Málaga) (Martínez y Martín 2012, 56), aunque no conserva el remate del vertedor, y el «botijo» de la calle mallorquina de Zavellá, con la misma forma pero carente de vertedor zoomorfo (Roselló Bordoy 2006, figs. 1 y 2), datados el primero entre los siglos XII y XIII y el segundo en el XIII.

Otra modalidad son los vertedores con cabeza de animal en recipientes no zoomorfos, como el aguamanil encontrado en Mértola, un jarro con vertedor tubular terminado en una posible cabeza de animal (se apunta a un dromedario) que, tomando como paralelo el Vaso de Tavira, se fecha entre finales del siglo XI y principios del XII (Gómez Martínez 2004, 406).

Este último es otra de las posibilidades reseñables; el Vaso de Tavira es una de las piezas más importantes de la coroplastia medieval, dotado de un embudo de llenado en forma de torre que alimenta un tubo que recorre todo su borde y en el

que se insertan múltiples figuras modeladas, varias de las cuales son picos vertedores dirigidos al fondo de un gran cuenco: tres caballos con jinete, un buey o toro, una gacela, un camello y otro del que no se conserva la cabeza, junto a otras macizas antropo y zoomorfas, todas ellas decoradas con pintura y aplicaciones plásticas. La interpretación simbólica, uso y cronología de la pieza son dispares (Campos 2007): un albahaquero datado entre finales del siglo XI-principios del XII o una pileta de abluciones con cronología de finales del siglo IX-principios del X.

Similar a los vertedores de Tavira es el toro vidriado en marrón encontrado en Campanales, datado entre los siglos XII y XIII, en el que todo el cuerpo hace también de vertedor (Martínez y Martín 2012, 58) y que sería parte de un recipiente más complejo.

Al igual que una buena parte del total de la coroplastia que conocemos, la mayoría de estas piezas zoomorfas se han localizado en el sur y el este peninsular, siendo escasas en las áreas centrales de la Península, en donde tampoco existen piezas completas que permitan establecer tipos concretos como ya afirmaba Retuerce (1998, 203), sin que por el momento haya cambiado esa situación.

Así, en este área de la Meseta, los vertedores zoomorfos encontrados son: una cabeza, posiblemente de caballo, de la ciudad hispano-musulmana de Vascos (Navalморalejo, Toledo) (Fig. 2, 1), fechada en los siglos X-XI, fabricada a mano, hueca y con abertura en la boca y con los ojos en resalte, que conserva restos de pintura marrón que pudo recubrir en origen toda su superficie (Izquierdo 1994, 121 y fig. 61, 1)⁴; dos ejemplares descritos como «*cuellos de recipientes para verter líquidos, a modo de teteras o aguamaniles*» del mismo yacimiento (Izquierdo 1999, 197 y fig. 8), con largos tubos huecos en los que se ha realizado mediante la torsión de un extremo y la adición de aplicaciones plásticas, dos cabezas de animales no identificables y decorados con cuerda seca parcial, técnica decorativa que nos introduce cronológicamente ya en la taifa toledana; similar a estos dos últimos es el ejemplar de Torete (Guadalajara) con representación indeterminada y decorado con trazos de pintura roja (Retuerce 1998, 204 y fig. 173).

Por el contrario, fuera del ámbito meseteño, en el sur y este peninsulares, se han recuperado un buen número de piezas, prácticamente todas ellas datadas en los siglos XII y XIII. Así, de Sevilla, y fechado en la primera mitad del siglo XII, es un pico vertedor identificado con un équido, otro, datado entre la segunda mitad del siglo XII y primer tercio del XIII, representaría un carnero con la cornamenta retorcida sobre la testuz, y un tercero, entre 1248 y 1259, que también se da como équido y que presenta un pequeña cresta frontal que definen como una corta crin; todos ellos con un simple alisado como acabado (Vera y López 2005, 228-229). De las mismas fechas es otra figura zoomorfa, inidentificable, con posible arranque de asa recogida en el castillo de Cervera en Castellón (Vizcaíno et alii 2000, 384). Entre finales del siglo XII y el primer tercio del XIII se data un «*vertedor zoomorfo de boca atrompetada*» de El Fortí de Dènia (Alicante), un animal difícilmente clasificable, cubierto de vedrío color turquesa (Gisbert, Burguera y Barrufet 1992, 180). Un grupo numero-

so de vertedores procede de diversos lugares de Murcia: uno de ellos se fecha entre los siglos XII y XIII y representa a un animal con arranque de orejas o cuernos (Navarro 1986, 247, n° 534); ya en el siglo XIII se datan una posible cabeza de caballo, cubierta de vedrío azul, única con este acabado (Navarro 1986, 248, n° 535), otras dos que podrían corresponder a bóvidos, una con una oreja o cuerno y la otra con dos cuernos (Navarro 1986, 291, n° 624 y 625) y una más del castillo de Monteagudo que representa a un animal indeterminado con tubo curvado y boca acampanada (Navarro 1986, 290, n° 623); excepto la vidriada, el resto llevan aplicaciones plásticas y trazos pintados en manganeso o almagra. De características distintas, pero con la misma función de pico vertedor, es otro pitorro de un posible aguamanil, con tubo cilíndrico y remate cónico, al que se da aspecto animal mediante la aplicación de los ojos y de incisiones remarcando su anatomía, datado entre los siglos XII y XIII y hallado en el casco urbano de Murcia (Navarro 1986, 248, n° 536).

Por último, y como ejemplo de la continuidad de la fabricación de estos vertedores en el reino Nazarí, haremos alusión a una pieza en loza dorada que podría representar a un león y formar parte de un aguamanil, datado en los siglos XIV-XV (Martínez Caviro 1991, 80-81), coetáneo ya de las producciones mudéjares de nuestro entorno en cuyo repertorio figuran también estas piezas aunque ya en contextos religiosos y sociales que se alejan de nuestro estudio.

Estos hallazgos reúnen una serie de características que son fundamentales para aproximarnos a la forma y la cronología de la pieza de Guadalajara. En primer lugar el soporte; comprobamos que básicamente los vertedores zoomorfos se incorporan a tres tipos de recipiente: los que reproducen completa la forma del animal, los que no lo hacen y llevan la figura como remate del tubo vertedor, ambas formas cerradas, y los recipientes abiertos como el Vaso de Tavira.

En segundo lugar los acabados, que se ajustan a las diversidades geográficas y a los períodos en los que se encuadran. Así, el ejemplar de Medinat al-Zahra lleva el vedrío y la decoración en verde y manganeso que corresponde al estilo palatino, mientras que a partir del siglo XI el empleo del vidriado, exceptuando las cuerdas secas parciales de los dos ejemplares de Vascos, desaparece y no vuelve a usarse hasta entrado el siglo XIII, usando ya colores que se relacionan más con la evolución posterior de la decoración cerámica, eligiendo tonos más verdes o azules; también se va incorporando la pintura, especialmente en Levante, haciéndose extensiva a una buena parte de las figuras modeladas, y se incrementan las aplicaciones plásticas sobre la cara de los animales.

Para relacionar la pieza de Guadalajara con alguno de los tipos de recipiente que hemos indicado hemos tomado como referentes, en primer lugar sus dimensiones, demasiado grandes tanto en conjunto como en el diámetro y el grosor del tubo que compone el cuello, como para formar parte de la terminación de un pico vertedor de un jarro no zoomorfo. En segundo lugar, la fractura del cuello que hemos comparado con otras piezas de estructura similar a las dos formas cerradas (por su condición de único descartamos en principio un soporte como el Vaso de

Tavira), resultando una rotura prácticamente idéntica a la que se produce en el área de contacto entre el cuello y el depósito en las redomas: horizontal, casi a nivel en todo el perímetro, con la falta de un triángulo que invariablemente queda adosado al cuerpo globular del recipiente, limpia y sin apenas dejar faltas en la cubierta vidriada. Una vez comprobado, también, que buena parte de los vertedores adosados a cuerpos no zoomorfos arrastran al partirse fragmentos de la pared del depósito, presentan roturas oblicuas y mucho más abruptas y además varios muestran cierta curvatura en el tubo, creemos que la conclusión más lógica es incluir la pieza en el grupo de los recipientes zoomorfos, salvo que pudiera existir alguna otra forma que no hayamos contemplado.

En cuanto al acabado, la pieza de Guadalajara presenta un vedrío melado claro, común en las cerámicas vidriadas ubicadas cronológicamente en el califato y la taifa toledana. Los otros aspectos técnicos como el modelado del animal son difíciles de comparar, ya que piezas de este tipo que dependen de la pericia y la imaginación de un artesano pueden variar considerablemente.

Por los atributos que muestra, especialmente los cuernos, pero también por el aspecto general de la cabeza nos parece lo más acertado identificar el animal representado con un bóvido y más específicamente con un toro. La cabeza recoge todos los atributos que lo hacen reconocible: cuernos con un diámetro destacado en el conjunto, orejas en posición ligeramente adelantada, fosas nasales incisivas en la cresta y papada realizada durante la aplicación del morro, además de la lengua, un órgano muy destacado en el toro al abrir la boca. Tal vez por una cuestión técnica, las orejas y los cuernos se comprimen en el plano superior consiguiendo todos los atributos sean visibles en el perfil, vista que se completaría con el conjunto del cuerpo, en detrimento de la visión frontal, con cuernos y orejas en los laterales, que aunque más acorde con la realidad sería más peligrosa para la integridad de la pieza. Esta característica se da en una buena parte de los vertedores de esta época y posteriores, en los que se sitúan los cuernos en la parte superior de la cabeza, sin que por ello se esté representando a un animal diferente.

Según los datos expuestos, nos encontraríamos ante el pico vertedor de un jarrito zoomorfo vidriado, con forma de toro, representación a la que dedicaremos las páginas siguientes para intentar delimitar tanto su origen y cómo su uso, que consideramos diferente al «aguamanil» recipiente con el que habitualmente se identifican las piezas con vertedor zoomorfo.

UNA DENOMINACIÓN CONFUSA: «AGUAMANIL»

Normalmente, a la hora de describir estos vertedores andalusíes, e incluso los de épocas posteriores, y especialmente los zoomorfos, se les suele adscribir al tipo aguamanil, que se encuadraría en la categoría de jarros (tipo B de la serie 4ª de Roselló y en la forma C, tipo 18 de Retuerce) cuya característica común es ser recipientes

tes cerrados con pico vertedor. Dentro de esa forma general debió existir una gran cantidad de variantes (Retuerce 1998, 204), pero no ha sido posible disociar las formas zoomorfas de las que no lo son porque en la Meseta no había aparecido ningún ejemplar de las primeras.

No hay duda de que la función de estos jarritos zoomorfos es la de contener y escanciar líquidos, pero no es tan clara cuando lo que aparece es la cabeza del animal únicamente, lo que ha llevado a su clasificación en otras categorías, atendiendo sobre todo a su pequeño tamaño y a las aplicaciones plásticas que dan a veces un aspecto jocoso. Así, para el posible caballo de Vascos se apunta la posibilidad de que se trate de un juguete, o de parte de un silbato zoomorfo y al ejemplar de Denia, aunque se describe como pitorro, se le da también la función de juguete si bien con interrogantes. Plenamente relacionados con su utilidad como pico vertedor se describen los de Sevilla, incluyéndolos en un grupo morfológico propio, el de pitorros; el toro de Campanales se define como pico vertedor zoomorfo; los de Murcia como posibles aguamaniles y, por tanto, son también considerados pitorros.

Asociar estas cabezas a los aguamaniles, etimológicamente ya predispone a darle un uso, el lavado de manos, y a asignarle un contenido, el agua. Pero, como veremos, ni el uso ni el contenido tendrían que ser esos específicamente. En realidad, estas piezas son los vertedores zoomorfos de jarros y cuando el contenedor adopta la forma del animal, son, por su tamaño, al que luego aludiremos, picos vertedores de jarritos zoomorfos, de hecho, respecto al jarrito de Madinat al-Zahra, Escudero Aranda (2014) opina que por sus reducidas dimensiones, habría que pensar más que en su uso como aguamanil, en otro relacionado con el servicio de mesa, para escanciar cualquier líquido.

Es muy común también hacer derivar de época califal estos ejemplares fechados en los siglos posteriores, normalmente sin aportar paralelos, a pesar de que, como vemos, tampoco son excesivamente abundantes los recipientes que se han encontrado de esta época. Quizá sea porque la denominación «aguamanil» y su función lleva a relacionar estas figuras cerámicas con los mucho más lujosos recipientes de bronce zoomorfos, o con vertedor zoomorfo, fabricados en el al-Andalus omeya, en los territorios del califato fatimí o que se importaron de Oriente; a éstos se les da ese nombre porque algunos pudieron cumplir esa función higiénica mientras que otros se emplearon para el lavatorio de manos en la liturgia cristiana al pasar a nuevos poseedores.

Se podrá comprobar que a lo largo del estudio no nos referimos a los recipientes metálicos con vertedor zoomorfo o a los totalmente zoomorfos más que lo estrictamente necesario, atendiendo especialmente a su contemporaneidad, sobre todo en época califal, porque en realidad creemos que están fuera del ámbito de estos otros jarritos cerámicos mucho más modestos y quizá relacionados con un ambiente más privado o familiar, que esas otras obras destinadas a la ostentación, aunque tuvieran también su significado simbólico, que se escapa del propósito de este trabajo.

Creemos que el análisis, aunque sea en breves pinceladas, del origen de la forma, su evolución y la del uso que ha tenido a lo largo del tiempo podrán ayudarnos a comprender el motivo de la incorporación de estos jarritos zoomorfos al repertorio de la cerámica islámica como fruto de una dilatada tradición, además de mostrarnos otras maneras de utilización y otros contenidos distintos a los que pre-dispone el nombre de aguamanil.

Aunque los llamados genéricamente jarros zoomorfos sean anteriores, la forma que presentan los recipientes más completos conocidos, como los de Madinat al-Zahra o Almería, con el gollete y el vertedor zoomorfo, es un diseño que, aunque tiene precedentes en el Neolítico chino e indostánico, en nuestro entorno mediterráneo se consolida a partir de la plástica hitita (Fig. 2, 2 y 3), remontándose a los siglos XIX-XVIII a.C. y su descripción coincide plenamente: «(...) el cuerpo del recipiente se pliega enteramente a la forma del animal. Tienen casi siempre un embudo de llenado en la parte posterior y un orificio de derrame en la boca; son, por tanto, recipientes para verter, con forma animal.» (Bittel 1976, 83), si bien en ese primer momento se modelaron mayoritariamente animales salvajes, leones y antílopes, puesto que los domesticados, en su mayoría carneros y toros, se representaban en «*cubiletos*», como los define el autor, «*comúnmente llamados ritones*».

Tanto los jarros zoomorfos como los ritones se expandirán extraordinariamente a lo largo de todo el Próximo Oriente, adoptando en el diseño de los jarros múltiples formas animales que irán sustituyendo a las fieras, entre las que la bovina es una de las destacadas. Es el caso de la cultura de Marlik (Primera Edad del Hierro, siglos XIV-XII a.C.) localizada en el área noroccidental del actual Irán con sus grandes toros con pico vertedor en el morro, aunque sin tubo de llenado (Fig. 2, 4), que aparecen en las tumbas de la aristocracia (Benoit, 2013, 3). El toro es representación constante además en todas las culturas que fueron poblando la zona asociadas al culto a Mitra y al sacrificio ritual de ese bóvido, y aunque esto último fue rechazado por la reforma zoroástrica del Mazdeísmo hacia el siglo VI a.C., la disposición cultural respecto a estos animales se seguiría manteniendo y plasmándose en los espléndidos ritones y jarros medos, aqueménidas y sasánidas, creándose, sobre todo, objetos metálicos usados en las libaciones relacionadas con el culto, en los banquetes reales y en las fiestas más señaladas del calendario persa.

Mientras, desde la costa sirio-palestina a través de la vía chipriota, los recipientes zoomorfos o con vertedores de esa forma habían llegado a ambientes micénicos teniendo su desarrollo en forma de *askoi* y *kernoi*, que formaron parte del repertorio cerámico griego distribuido por sus colonias occidentales (Zosi 2009, 9). Es precisamente en las costas palestinas, en los territorios filisteos durante la II Edad del Hierro (c. VII a.C.), en lugares como Tel Miqne-Ekron donde se encuentran numerosos ejemplares de jarros zoomorfos representando toros (Fig. 2, 5), con el cuerpo en forma de tonel realizado a torno, el resto a mano y configurados también, como los hititas, con tubo en el lomo y vertedor en el morro, destinados a las libaciones

rituales (Ben-Shlomo 2008). En esta misma área palestina y en Jordania, con claros precursores en los períodos helenístico y romano que continúan esos modelos citados, se crearon jarros ya de influencia bizantina (Fig. 2, 6) con la misma forma, entre ellos un buen número de bóvidos, como se documenta en tumbas localizadas en ambos lugares entre los siglos IV y VI d.C., usados como elementos del ritual funerario para luego ser depositados entre el ajuar del difunto, habiéndose constatando su continuidad en el período islámico inicial (Erlich y Foerster 2013, 7-8).

Con una tradición tan dilatada, no es extraño que uno de los primeros ejemplares de jarro con vertedor zoomorfo en áreas tempranamente islamizadas aparezca en el complejo palacial omeya de Umm al-Walid, en Jordania, cerca de Madaba, en dependencias del *qasr* oriental, construido entre los últimos decenios del siglo VII y los primeros del VIII d.C. (Bujard y Genequand 2001, 216). Se trata de un jarro trípode, de 14 cm de altura, realizado en una aleación de cobre y plomo que presenta cuerpo globular con tapadera y un tubo vertedor que finaliza en una cabeza de animal, aunque para desaguar el líquido lo hace por una abertura en la frente entre las orejas, que coincide con la finalización del tubo; según Martínez Enamorado (2001,53) podría representar a un camello y se usaría como aguamanil, aunque esta forma trípode, resultado de acoplar una trébede al contenedor del recipiente para introducirlo en las brasas del hogar, y su forma, con la tapadera que cierra un amplio cilindro, más bien recuerdan a los recipientes para calentar agua o cualquier otro líquido.

UN USO POCO CONOCIDO: LOS «TOROS DE VINO» Y EL *NAWRŪZ*

Durante todos estos períodos anteriores a la islamización a los que hemos aludido, los jarros zoomorfos cerámicos con forma bovina tienen un marcado carácter ritual, relacionado con los diferentes atributos y cualidades del toro, unas veces deificado en sí mismo y otras por su conexión con alguna divinidad, aparte del resto de connotaciones relacionadas con simbologías referentes al zodiaco y de sus cuernos con el creciente lunar. Empleados en libaciones el acto tenía un significado de renovación y adquisición de la fuerza del animal y muy frecuentemente con la propiciación de la fecundidad.

También fueron utilizados como sustituto sacrificial, como ocurrió en Irán, donde tanta implantación tenía el simbolismo del toro que su sacrificio se sustituyó por libaciones de vino en recipientes con la forma de este animal después de la reforma zoroástrica (Melikian Chirvani 1991, 102): la tradición estuvo tan viva y arraigada que el toro y la libación de vino eran totalmente inseparables, continuando así durante dos milenios rebasando incluso las barreras de la conversión al Islam (Gibson 2012, 27).

Así, según las investigaciones de Melikian Chirvani, el Islam asimiló con la festividad persa del año nuevo, el *Now-ruz*, luego *Nawrŭz*, la libación del vino en el amanecer del día, una tradición realizada por las élites gobernantes que en textos del siglo XI se recogía ya como antigua. En ellos se hace referencia al *takūk gāvi*, un vaso de cerámica, oro u otro material con figura de toro que se usaba como reci-

piente del vino que se consumía en la celebración del amanecer del *Nawrūz*, identificando este investigador como tales los jarritos de cerámica vidriada con forma bovina realizados en los hornos de la localidad iraní de Kashan entre los siglos XII y XIV, como recipientes usados para continuar esa larga tradición.

Estos toros de Kashan son producciones alfareras que alcanzaron gran éxito, como toda la cerámica del lugar por su innovación en las pastas, sus decoraciones en dorado y el uso de colores fuertes como el azul turquesa; son jarritos zoomorfos vidriados con el tubo de llenado en el lomo, la cabeza del toro con el morro habilitado como vertedor y un asa (Fig. 2, 7) generalmente son de dimensiones reducidas y ya en estudios anteriores se admitía que su uso fue el de contener vino o agua (Watson 1985, 120). De hecho, el propio Melikian Chirvani, que los define como «*toros de vino*», indica también que la referencia a un toro de oro sería una alusión a los vidriados dorados de estas figuras (1991, 110) y que hay una larga lista de toros de vino en cerámica vidriada ejecutados entre los siglos VII y XIII en varios lugares (Melikian Chirvani 1991, 116).

Aunque reñido con la ortodoxia, el *Nawrūz*, la celebración persa del año nuevo, se incorporó al mundo musulmán a través de sus propios gobernantes, los cuales, tras conquistar la capital sasánida, precisamente el día de esa fiesta tomando desprevenidos a los habitantes que la celebraban, impusieron un duro impuesto al festejo, lo que no fue óbice para que tanto omeyas como abasíes lo celebraran «*con considerable gusto y pompa, ayudando así a mantener vivo Nowruz y sus muchas tradiciones*» (Shapur Shahbazi 2016).

La fecha y objeto del festejo del *Nawrūz*, o *Nayrūz* en su nombre arabizado, conocido también en al-Andalus como *Yannayr*, aún se debaten: fiesta de año nuevo, del solsticio de primavera o la coincidencia de ambos (Shafik 2013, 222). Aparte de su carácter transgresor, conllevaba pequeños rituales ya desde fechas muy tempranas, como el que indica Melikian Chirvani del consumo de vino en el amanecer del día, algo que ha quedado plasmado en diversas fuentes y poesías, coincidentes en muchos casos, tanto en el Oriente como en el Occidente musulmán. Ejemplos son los versos del poeta y príncipe abasí, ‘Abd Allāh b. al-Mu’tazz (m. 908): «*Bebe vino puro en la mañana temprana del Nayrūz, / horas son sus días de alegría (...)*» (Shafik 2013, 234), muy similares, a pesar de la distancia y el tiempo, a los del poeta andalusí del siglo XI Ibn al-Labbān, de Denia, (m. 1113): «*si aún tuviera el vigor de mis años mozos / no dejaría pasar el día de Nayrūz, sin beber al amanecer (...)*» (Rubiera 1983, 506), lo que nos muestra que la costumbre también estaba vigente en al-Andalus.

No podemos obviar que la realidad del consumo de vino en al-Andalus es un hecho suficientemente comprobado en documentos históricos y literarios, como los que hemos citado antes por ejemplo, y que no hemos de circunscribir únicamente al momento califal o taifa, vistas alusiones como las de Averroes en época almohade respecto a su consumo y sobre el que parece reducir la prohibición a la embriaguez y no a la bebida (Cruz 1996, 233), a pesar de la represión de su consumo por parte de los norteafricanos.

Precisamente esta fiesta también se relaciona con las pequeñas figuras cerámicas andalusíes con forma animal, regaladas a los niños con motivo de su celebración, dato

conocido por la censura que de su venta hiciera el jurista Ibn Rūsd (Torres Balbás 1956, 374), un hecho que establece una conexión más entre el *Nawrūz* y la coroplastia.

Además, su celebración en al-Andalus parece que tenía una relación muy estrecha con la idea de fecundidad, por lo que era común que las bodas se realizaran coincidiendo con ella: un enlace celebrado con gran festejo fue el de Almanzor con Asmā bint Gālib en la noche del *Nawrūz* de 977 (Shafik 2013, 245).

UNA IDENTIFICACIÓN QUE ES POSIBLE

Los datos anteriores nos confirman que en al-Andalus existía la costumbre de beber vino en el amanecer del *Nawrūz*, que la fiesta se asociaba con la fecundidad, propiciada en muchas áreas del Próximo Oriente mediante la libación en jarritos en forma de toro, y que además se incorporaron otras tradiciones asociadas, procedentes igualmente de las originales persas (Shafik 2013). Si a todo esto sumamos la conocida influencia que los gustos y costumbres sasánidas tuvieron en las clases dirigentes omeyas, parece que hay puntos coincidentes que inducen a pensar que si esta fiesta importada se incorporó al calendario andalusí, y con ella ciertas tradiciones que le eran propias, también pudo importarse el ritual de los «toros de vino», sin tener que haberse generalizado entre toda la población, sino quizá sólo entre grupos o personas concretos diferenciados por origen o por estamento social.

De hecho la misma forma de estos jarros con embudo o gollote, asa y cuerpo y vertedor zoomorfos, vistos los antecedentes que hemos expuesto, nos indica que no son una creación andalusí sino que se incorporarían al repertorio cerámico por influencia oriental donde tenían una muy larga tradición que aquí no existe. Si buscamos las representaciones de toros en el conjunto de la plástica andalusí, los encontramos prácticamente de forma exclusiva en el ámbito de la coroplastia donde tampoco son excesivamente abundantes. Puestos a incidir en esta idea, podemos ver que los zoomorfos metálicos adoptan formas de animales variados, pero raramente se encuentran toros entre ellos.

Sin embargo, entre los ejemplos de los picos vertedores zoomorfos peninsulares de cerámica que hemos enumerado anteriormente una buena parte corresponde a cornúpetas que, vistos los antecedentes, no tendríamos muchas dudas en calificar de toros, especialmente los encontrados en el área murciana, y quizá habría que mirar con más detenimiento otros, como los sevillanos, que podrían ser estilizaciones de bovinos. También el jarrito de Madinat al-Zahra, un ejemplar que representa a un animal provisto de cuernos que en algunos casos se identifica con una jirafa, pero que creemos que hay que poner más en relación con esta modalidad taurina, en la que la decoración en verde y manganeso del cuerpo obedecería a una identificación o unidad del estilo palatino más que a un elemento definitorio del animal.

Además, los escasos ejemplares encontrados de estos vertedores, en comparación con otras piezas, indicaría que no eran de fabricación corriente ya que si

hubieran formado parte de una vajilla destinada a celebraciones más o menos concurridas serían más abundantes; no se crean prácticamente «en serie» como el resto de los tipos cerámicos para uso culinario. Estas piezas necesitan una elaboración más cuidada, ya que la cabeza tenía que modelarse a mano, como las patas, la cola y el asa, si la tuviere, aunque el contenedor se torneara adoptando forma cilíndrica, como los palestinos, el de Madinat al-Zahra o los cuerpos de Murcia y Campanales. Por todo ello, no es extraño pensar que estas piezas se realizaran por encargo de un comprador que conociera previamente el recipiente y lo pidiera, por una razón concreta que bien podría tratarse de esa tradición, que le llevara a elegir un toro, y no otro animal.

Otro elemento a tener en cuenta es la similitud de los tamaños. Por las dimensiones de los vertedores encontrados parece que el tamaño del jarro completo sería muy parecido, y siempre con una capacidad pequeña. Comparando algunos de estos jarros con los de Kashan, de los que sabemos el uso al que estaban destinados aunque sean piezas realizadas con posterioridad, vemos tamaños similares: el ejemplar que conserva el Victoria & Albert Museum (realizado hacia 1220) tiene una altura de 12'8 cm, 10'5 de longitud y una anchura de 5 cm; el que conserva el Ashmolean Museum 19, 15 y 8 cm, en las mismas magnitudes, medidas muy similares a las del jarrito de Madinat al-Zahra con 19'2 de alto, 14 y 8 cm o a las de los cuerpos de Campanales con una altura de 9'5 cm, una longitud de 10'2 cm y un diámetro del cuerpo entre 5'5 y 6'1 cm, o al de Murcia, con una altura de 9 cm y 4 de diámetro en el cilindro. Esto arroja unas capacidades muy inferiores al litro que podían alcanzar los toros filisteos con sus 25 cm de longitud y su altura de 16 cm. Por tanto, no son grandes recipientes con los que escanciar a varios comensales, sino que su capacidad se reduce al servicio de una o, como mucho, de dos personas.

Desconocemos la capacidad del ejemplar de Guadalajara, pero, por los paralelos que hemos citado, es muy posible que se tratara de un jarrito similar al de Madinat al-Zahra: cuerpo de forma cilíndrica realizado a torno, con el embudo sobre el lomo, con o sin asa, y, probablemente, con toda su superficie cubierta de vedrío melado; es decir, una pieza también pequeña, proporcionada con el tamaño de la cabeza encontrada.

Otra razón que nos induce a pensar que el uso de los jarritos zoomorfos se pudo relacionar con el vino y la citada fiesta es su presencia discontinua en la Península a lo largo del tiempo. Por los datos que hemos podido recopilar, parece que se produce una escasez de estas piezas zoomorfas mediado el siglo XI y durante buena parte del XII, coincidiendo con los períodos de mayor inestabilidad y de rigidez dogmática que irían relajándose según se debilitaba el dominio almohade.

Pese a que alguno de los ejemplares sevillanos se data en la primera mitad del siglo XII, no sería hasta las últimas décadas de este siglo cuando se produjo el final de la austeridad formal y decorativa en la cerámica que culminaría en la primera mitad del XIII con una eclosión de formas y decoraciones, como apuntan Escudero y Baena (2013, 117-118). Precisamente resurgen y aparecen más frecuentemente los jarritos zoomorfos en los contextos del siglo XIII, como hemos visto antes en Andalucía y

Levante. Posiblemente entonces se recuperaran esas formas relacionadas con las prácticas previas a los momentos de mayor intransigencia. Este resurgimiento coincide además con el momento culminante de la fabricación de los ejemplares iraníes de Kashan y con el comienzo de la expansión de los aguamaniles cerámicos por Europa, con las primeras producciones, a mediados del siglo XIII, de recipientes con picos zoomorfos en buena cantidad en alfares regionales franceses, como el de Marsella, y a los que los autores no dudan en atribuirles una influencia andalusí (Amouric, Démians d'Archimbaud y Vallauri 1995, 192). Su presencia en la Península continuará con nuevos ejemplares en el reino granadino, y en otros lugares a través de la tradición mantenida por los mudéjares a lo largo de los siglos XIV y XV, aunque con unas utilidades, quizá ahora sí, más acordes con el nombre de aguamanil.

Antes de concluir queremos aludir a las otras representaciones no bovinas a las que hemos hecho referencia. No tenemos datos con los que poder relacionar el resto de figuras con un uso tan concreto como el que proponemos para los toros, quizá se trate de una derivación local hacia un animal mucho más arraigado en la plástica peninsular como es el caballo, al que también se atribuían cualidades y efectos protectores o propiciatorios. Sí se observa que técnicamente aquellos ejemplares que presentan curvaturas en el tubo y los que claramente arrastraron en su rotura fragmentos del contenedor parece que debieron ser vertedores de recipientes no zoomorfos, en muchos casos son los que se corresponden con animales indeterminados y fueron realizados con más sencillez, curvando simplemente el extremo del tubo y añadiéndole aplicaciones plásticas y pintura o decoraciones de otro tipo para darle el aspecto zoomorfo. Sería el caso de los dos ejemplares de Vascos decorados con cuerda seca parcial, si es que se trata de vertedores y no de cualquier otro artilugio de la coroplastia, con un cuello más largo y representando un animal difícil de identificar.

CONCLUSIÓN

Hemos aportado aquí una serie de datos referentes a una forma peculiar a la que raramente se presta atención, los jarritos zoomorfos, asimilados de modo generalizado y en todos los lugares con la forma aguamanil, predisponiendo con ello a un uso determinado que ha dejado aparte cualquier otro tipo de interpretación.

Parece indudable que la forma de toro que representa el pico vertedor de Guadalajara tiene una relación de paralelismo con recipientes de tradición oriental y que su uso habría que buscarlo en el servicio de líquidos más que en el fin higiénico que sugiere su denominación.

La posible conexión con el *Nawrūz* y el consumo de vino en su madrugada se documenta en diversos testimonios y su ingesta en recipientes con forma bovina viene avalado también por los precedentes persas que pudieron perfectamente ser adoptados cuando el Islam asimiló la fiesta en su calendario, aunque no fuera por todos los segmentos de la sociedad, sino sólo por aquéllos relacionados por procedencia o rango

con los rituales más puros del festejo asimilado, lo que vendría a explicar el porqué de la escasez de estas piezas, que por otro lado, dada su complejidad plástica, tampoco serían muy asequibles y posiblemente requerían de un encargo previo.

La aparición de un objeto de este tipo en Guadalajara no es extraña; tanto en excavaciones como en prospecciones realizadas en la ciudad y sus alrededores, cada vez es más frecuente la recuperación de materiales datables durante el Califato y la taifa toledana que se salen del repertorio de lo puramente utilitario o cotidiano para entrar en un ámbito más selecto. Los datos que van aportando los trabajos arqueológicos nos han ido permitiendo reconocer algunos aspectos importantes de la medina andalusí, tales como la ubicación de sus mezquitas, la diversidad de sus funciones económicas, culturales y religiosas, que arrojan un panorama muy variado en lo económico y lo social, con una población heterogénea, más acorde con una ciudad de tamaño medio y con un entorno urbano bien organizado, generador de una amplia área de influencia y en la que tendrían más cabida estos objetos de consumo restringido que en una pequeña ciudad de frontera como se nos ha venido presentando hasta ahora (Cuadrado y Crespo 2014).

Técnicamente hay criterios para suponer que la pieza procede de los alfares de la ciudad de Guadalajara, al igual que los ejemplares que hemos citado de otros ámbitos son producciones de los talleres locales: los desgrasantes micáceos y calcáreos contenidos en sus pastas rojas, el uso del vedrío melado documentado en los ejemplares realizados en su principal alfar de época andalusí, el de La Antigua, y que debió erigirse en el acabado local de mayor nivel ya que no hay indicios entre lo hallado aquí de decoraciones propias con cuerda seca total, únicamente parcial ya perteneciente al período taifa. Este alfar debió constituir un verdadero barrio de alcalleres en el que se realizó una producción continuada al menos desde el siglo IX, abasteciendo, como mínimo, a la propia *Madinat al-Faray / Wadi l-Hiyara* y a su área periurbana, hasta un momento indeterminado, quizá ya finalizado el siglo XI, cuando le tomaría el relevo el alfar de La Alcallería (Cuadrado y Crespo 1992).

El interés de este objeto radica también en que sirve para matizar la escasez que se supone de coroplastia medieval en el centro peninsular con respecto a otras áreas, añadiéndose al numeroso conjunto de piezas cerámicas localizadas y fabricadas en Guadalajara, especialmente en el período bajomedieval, como caballos de juguete y apéndices zoomorfos vidriados y sin vidriar (Crespo y Cuadrado 2002 y 2008) de los que constituye un significativo precedente.

BIBLIOGRAFÍA

AMOURIC, H., DÉMIANS D'ARCHIMBAUD, G Y VALLAURI, L. (1995): «*De Marseille au Languedoc et au Comtat Venaissin: les chemins du vert et du brun*» en *Le vert & le brun. De Kairouan a Avignon, céramiques du X^e au XV^e siècle*, catálogo de la exposición, Marsella, pp. 185-201.

BEN-SHLOMO, D. (2008): «Zoomorphic vessels from Tel Miqne-Ekron and the different styles of Philistine Pottery», Israel Exploration Journal Vol. 58, Núm. 1, pp. 24-47.

BENOIT, A. (2013): «Une statue-récipient d'Iran du Nord», Actualité du Département des Antiquités Orientales. Musée du Louvre.

BITTEL, K. (1976): «Los Hititas» en A. Malraux, y A. Parrot, (Dir.): El Universo de las Formas, Madrid, Aguilar.

BUJARD, J. y GENEQUAND, D. (2001): «Umm al-Walid et Khan az-Zabib, deux établissements omeyyades en limite du désert jordanien», en Conquête de la steppe, Lyon: Maison de l'Orient, pp. 189-218.

CAMPOS PAULO, L. (2007): «O simbolismo da purificação. O «Vaso de Tavira»: iconografia e interpretação», Revista Portuguesa de Arqueologia, vol. 10, número 1, pp. 289-316.

CRESPO CANO, M. L. y CUADRADO PRIETO, M. A. (2002): «La pequeña historia en el Alcázar Real de Guadalajara. Objetos para jugar», Actas del VIII Encuentro de Historiadores del Valle del Henares, Alcalá de Henares, pp. 107-126.

ID. (2008): «Juguetes, juegos y Arqueología», El juguete popular en Guadalajara. Arqueología y Tradición, Catálogo de la exposición celebrada en el Museo de Guadalajara, pp. 23-60.

CRUZ HERNÁNDEZ, M. (1996²): El Islam de al-Ándalus. Historia y estructura de su realidad social, AEI, Madrid.

CUADRADO PRIETO, M. A. y CRESPO CANO, M. L. (1992): «Un alfar Hispano-musulmán en la plaza de la Antigua (Guadalajara)», Wad-Al-Hayara 19, Guadalajara, pp. 9-38.

ID. (2014): «Las mezquitas de Madinat Al-Faray o Wadi-l-Hiyara. Una propuesta teórica a partir de nuevos datos», Actas del XIV Encuentro de Historiadores del Valle del Henares, Alcalá de Henares, pp. 347-366.

ERLICH, A. y FOERSTER, G. (2013): «Zoomorphic Vases of the Fourth-Sixth Centuries from the North of Palestine», https://coroplasticstudies.univ-lille3.fr/fichiers/fichierspdf/ouvrages/bookreview/2013/Erlich_ZoomorphicVases.pdf.

ESCUADERO ARANDA, J. (2014): «Vasija de cerámica en forma de animal perteneciente a la vajilla de Madinat al-Zhara» <http://www.juntadeandalucia.es/cultura/blog/vasija-de-ceramica-en-forma-de-animal-perteneciente-a-la-vajilla-de-madinat-al-zhara/>

ESCUADERO ARANDA, J. y BAENA ALCÁNTARA, M.^a D. (2013): «Notas sobre al-Andalus y su cultura material: de los omeyas a los almohades», Awraq n.º 7, pp. 105-120.

FLORES ESCOBOSA, I. et Alii (2006): «Juguetes, silbatos e instrumentos musicales en tierras almerienses», Del rito al juego, catálogo de la exposición, Almería, pp. 51-72.

GIBSON, M. (2012): «Ceramic Sculpture from the Medieval Islamic World», Hadeeth ad-Dar, Vol. 35, pp. 24-28.

GISBERT, J. A.; BURGUERA, V. y BOLUFER, J. (1992): La cerámica de Daniya. Dènia. Alfares y ajuares domésticos de los siglos XII y XIII. Valencia.

GÓMEZ MARTÍNEZ, S. (2004): La cerámica islámica de Mértola: producción y comercio, Tesis Doctoral, Universidad Autónoma de Madrid.

IZQUIERDO BENITO, R. (1994): *Ciudad hispanomusulmana «Vascos»*. *Navalmoralejo (Toledo). Campañas 1983-1988*, Patrimonio Histórico-Arqueología. Castilla-La Mancha 7; Toledo.

ID. (1999): «*Nuevas formas cerámicas de Vascos*», *Arqueología y Territorio Medieval*, Vol. 6, pp. 191-206.

MARTÍNEZ CARRETERO, J. R. y MARTÍN RUIZ, J. A. (2012): El yacimiento medieval de Campanales (Mijas, Málaga), Museo Histórico Etnológico de Mijas (Málaga).

MARTÍNEZ CAVIRÓ, B. (1991): *Cerámica Hispanomusulmana*, Ed. El Viso, Madrid.

MARTÍNEZ ENAMORADO, V. (2001): «*Jarro con pico vertedor zoomorfo*» en *El esplendor de los Omeyas cordobeses*, Catálogo de la exposición. Córdoba.

MELIKIAN-CHIRVANI, A. S. (1991). «*Les taureaux à vin et les cornes à boire de l'Iran islamique*» en P. Bernard y F. Grenet (Dir.): *Histoire et cultes de l'Asie centrale préislamique: Sources écrites et documents archéologiques* C.N.R.S. Editions, Berna, pp. 101-125.

NAVARRO PALAZÓN, J. (1986): *La cerámica islámica en Murcia*. Volumen I. Catálogo, Ayuntamiento de Murcia.

RETUERCE VELASCO, M. (1998): *La cerámica andalusí de la Meseta*, CRAN Estudios, Madrid.

ROSELLÓ BORDOY, G. (2006): «*El largo camino de una investigación*», *Del rito al juego*, catálogo de la exposición, Almería, pp. 13-50.

RUBIERA DE EPALZA, M^a. J. (1983): «*El poeta Ibn Al-Labbána de Denia en Mallorca*», *Bolletí de la Societat Arqueològica Lul-liana* 39, pp. 503-510.

SHAFIK, A. (2013): «*Formas carnavalescas del Nawruz en el Medioevo islámico*», *al-Andalus-Magreb* 20, pp. 217-249.

SHAPUR SHAHBAZI, A. (2016): «*Nowruz II. In the Islamic Period*», *Encyclopædia Iranica*, online edition, <http://www.iranicaonline.org/articles/nowruz-ii>.

TORRES BALBÁS, L. (1956): «*Animales de juguete*», *al-Andalus* XXI, 2, pp. 373-5.

VERA REINA, M. Y LÓPEZ TORRES, P. (2005): «*La cerámica medieval sevillana (siglos XII al XIV). La producción trianera*», *BAR International Series* 1403, pp. 227-230.

VIZCAÍNO, D.; BRAVO, E. M^a; DE ANTONIO, J. M. Y BARRACHINA, A. (2000): «*Memoria de la intervención arqueológica en el castillo de Cervera del Maestre (Castellón)*», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses* 21, pp. 357-395.

WATSON, O. (1985): *Persian Lustre ware*, Londres.

ZOSI, E. (2009): «*An unusual vase in the National Archaeological Museum, Athens*», *Mitteilungen des Deutschen Institut. Athenische Abteilung*, Band 124, pp. 1-18.

DESCRIPCIÓN, PROCEDENCIA Y AUTORÍA DE LAS IMÁGENES

Fig. 1, 1: *Sección y vistas del vertedor zoomorfo de Guadalajara*. Museo de Guadalajara, Miguel Ángel Cuadrado Prieto.

Fig. 1, 2: *Jarrito zoomorfo de Madinat al-Zabra*. De Sombradeparra – In Situ, Dominio público, <https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=10603556>

Fig. 2,1: *Vertedor zoomorfo de Vascos*. Dibujo en: Izquierdo 1994, fig. 61, 1. Fotografía Ricardo Izquierdo Benito.

Fig. 2, 2: *Jarrito zoomorfo bitita de Kültepe* (s. XIX a.C.), Museum of Anatolian Civilizations (Ankara). <https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=4548000>. De Homonihilis – Trabajo propio, Dominio público.

Fig. 2, 3: *Jarritos zoomorfos de Kültepe* (s. XVII a. C.), Museum of Anatolian Civilizations (Ankara). <https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=14782839>. De Nevit Dilmén (talk) – Trabajo propio, CC BY-SA 3.0

Fig. 2, 4: *Toro de Marlik* (s. XIV-XII a.C.), Museo Nacional de Irán, <https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=63080149>. De Nationalmuseumofiran-Trabajo propio, CC BY-SA 4.0

Fig. 2, 5: *Jarrito filisteo de Ekrod* (s. VII a.C.) Museo de Cultura Filistea (Ashdod, Israel). <https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=60604519>. By Bukvoed – Own work, CC BY 4.0,

Fig. 2, 6: *Jarrito bizantino* (s. IV-VI d.C.), National Maritime Museum (Haifa, Israel), <https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=9051562>. De Deror avi – Trabajo propio, CC BY-SA 3.0,

Fig. 2, 7: *Toros de Kashan* (s. XII d.C.), Museo del Louvre, De G.Garitan – Trabajo propio, CC BY-SA 4.0, <https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=47145294>

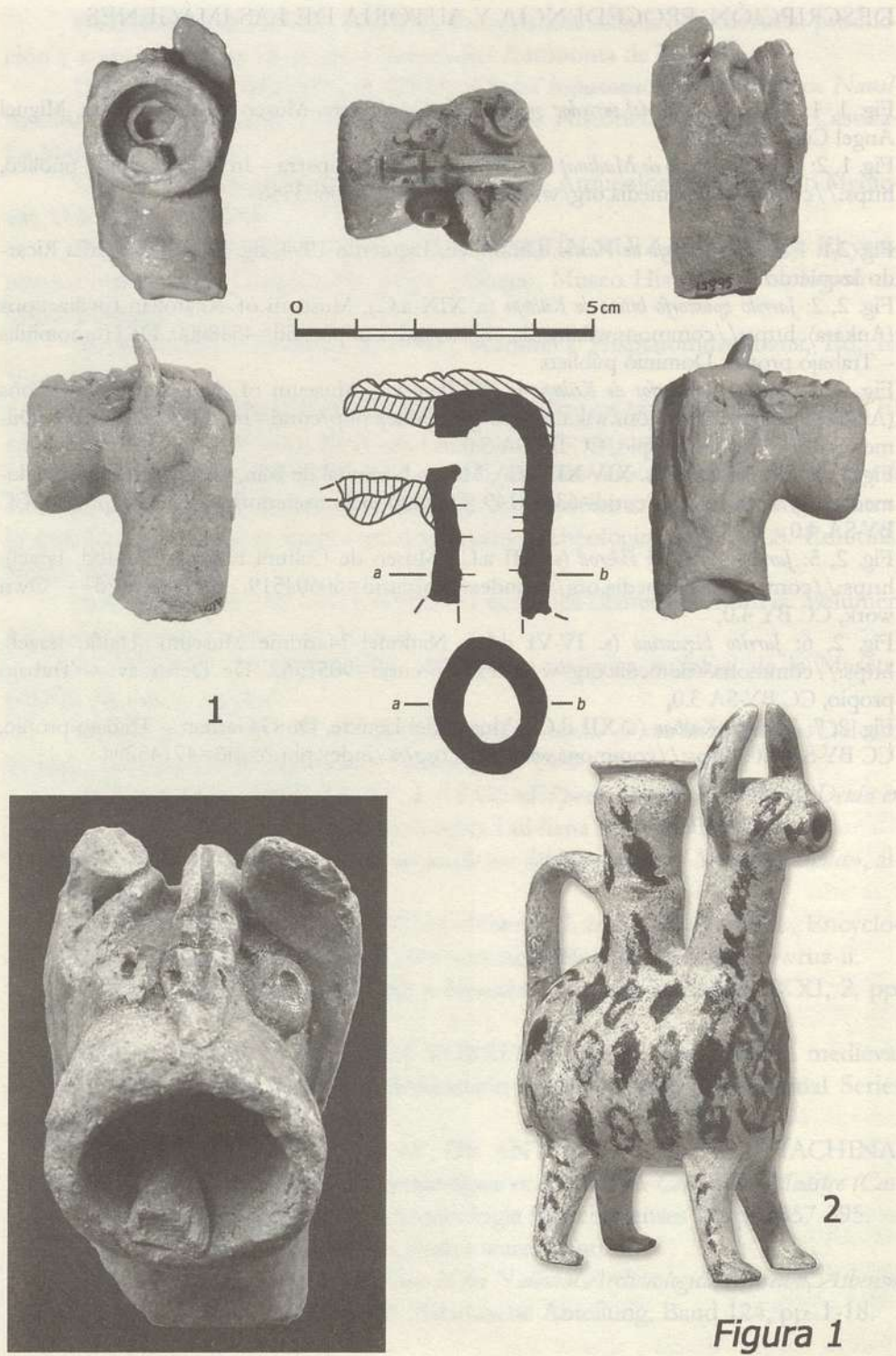
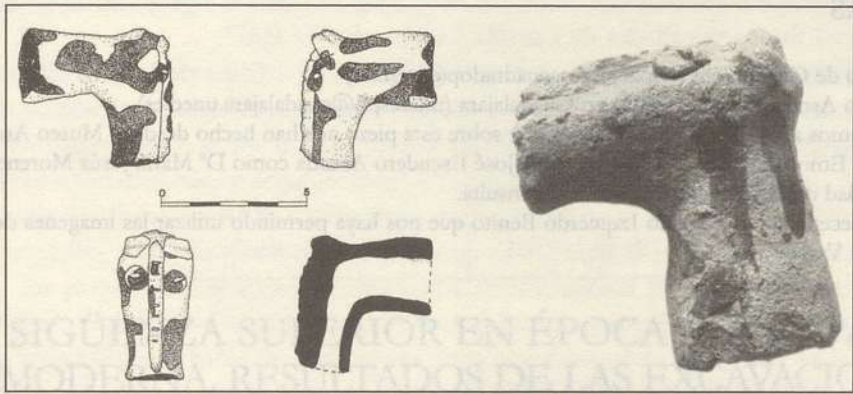


Figura 1



1



2



3



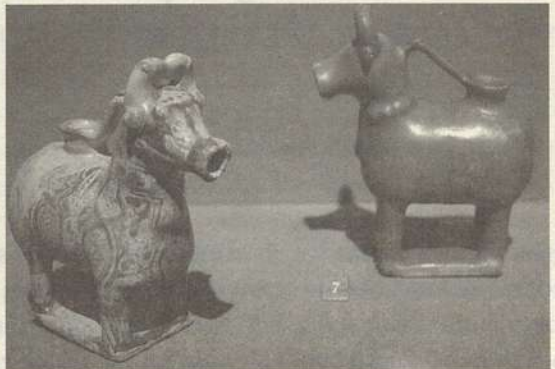
4



5



6



7

Figura 2

NOTAS

¹ Museo de Guadalajara (España). (macuadradop@jccm.es)

² Centro Asociado de la UNED en Guadalajara (mlcrespo@guadalajara.uned.es)

³ Queremos agradecer las indicaciones que sobre esta pieza nos han hecho desde el Museo Arqueológico y Etnológico de Córdoba, tanto D. José Escudero Aranda como D^a María Jesús Moreno, y la amabilidad con que atendieron nuestra consulta.

⁴ Agradecemos a D. Ricardo Izquierdo Benito que nos haya permitido utilizar las imágenes de esta pieza de Vascos.